

COMEDIA FAMOSA
ANTONA GARCÍA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

REINA CATÓLICA.	BARTOLO, <i>pastor</i> .	GILA, <i>pastora</i> .
MARQUÉS DE SANTILLANA.	DOÑA MARÍA SARMIENTO.	PERO ALONSO.
ALMIRANTE DE CASTILLA.	CENTENO, <i>pastor</i> .	CUATRO CASTELLANOS.
ANTONIO DE FONSECA.	CUATRO LABRADORES.	CUATRO PORTUGUESES.
MALDUERME, <i>pastor</i> .	MÚSICOS.	CHINCHILLA, <i>soldado</i> .
CUATRO SOLDADOS.	CUATRO CABALLEROS.	FERNANDO, <i>rey</i> .
JUAN DE ULLOA.	CONDE DE PENAMACOR.	UNA VENTERA.
ANTONA GARCÍA.	DON BASCO.	VELASCO, <i>soldado</i> .
JUAN DE MONROY.	CUATRO PASAJEROS.	DON ALVARO DE MENDOZA.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

*Marchando la REINA, el MARISCAL, el ALMIRANTE
y ANTONIO DE FONSECA, con otros soldados.*

REINA. No nos recibe Zamora;
que el mariscal y su hermano,
Valencias en apellido,
portugueses en los bandos,
se han apoderado della.
Castronuño nos ha dado
con las puertas en los ojos,
por Alfonso, lusitano,
enarbolando pendones.
Toro se muestra contrario
al derecho de mi reino,
y leales desterrando
de la ciudad, Juan de Ulloa
por el marqués, animado,
de Villena, determina
dar al portugués amparo.
Doña María Sarmiento,
su mujer, vituperando

su misma naturaleza,
en el acero templado
trueca galas mujeriles;
plaza de armas es su estrado,
sus visitas, centinelas,
y sus doncellas, soldados.
Todos á Alfonso apellidan,
por reina legitimando,
á doña Juana, su esposa,
por muerte de Enrique cuarto,
mi hermano, que tiene el cielo;
sabiendo que á don Fernando,
mi esposo y señor, y á mi
los ricos hombres juraron
por Príncipes de Castilla
en los Toros de Guisando.
Mas ciégalos la pasión
y el interés. No me espanto:
la inocencia está por mí;
los más nobles castellanos
mi justicia favorecen;
la verdad deshará agravios.
Mis tíos, el Almirante
de Castilla, con su hermano
el conde de Alba de Aliste,
por mí arriesgan sus estados.

Toda la casa Mendoza
y el Cardenal, fiel y sabio,
don Pedro (que es su cabeza),
de Enrique testamentario,
por su reina me obedecen.
Reconóceme vasallo
don Rodrigo Pimentel,
en cuya experiencia y años
justifico mi derecho,
y en Benavente ha mostrado
contra quinas portuguesas
la lealtad que estima en tanto.
La casa de Guzmán tengo
en mi ayuda, y la de Castro,
con el duque de Alburquerque
que noble sigue mi campo.
Lo principal de Castilla
y León, vituperando
acciones de los inquietos,
rehusan reyes extraños.
Pocas ciudades me niegan.
En Burgos está sitiando
la fuerza el Rey, mi señor;
si Toledo es mi contrario,
su arzobispo le violenta,
(con ser él por cuya mano
fui Princesa de Castilla).
Mal parecen en prelados
mudanzas escandalosas,
y peor en viejos que, varios
son, por seguir sus pasiones,
á sus consejos ingratos.
¿Qué importa que el de Villena
en armas ponga su bando
con Girones y Pachecos,
Ponces, Silvas y Arellanos?
Los Cabreras y Manriques,
los Cárdenas y Velascos,
valientes se les oponen,
resistiendo los hidalgos.
Dios ampara mi justicia,
ricos hombres, no temamos;
la verdad al cabo vence,
no la pasión. Marche el campo.

ALMIRAN. A valor tan generoso;
cuando fuera menos claro
el derecho que á estos reinos
intentan negar livianos;
cuando mi padre no fuera
agüelo del rey Fernando,
rey natural de Aragón,
de nuestra España milagro,
y una misma nuestra sangre,
el esfuerzo soberano
de esa virtud atractiva,
no los hombres, los peñascos
llevara, invicta Isabela,
tras sí. Mi vida, mi estado
ofrezco á vuestro servicio.
REINA. Tío Almirante, el reparo
de mi reino estriba en vos.
MARQUÉS. Yo, gran señora, no aguardo
sino ocasiones que muestren
la fe y lealtad con que os amo.
No os den recelo las quinas
portuguesas, si intentaron
ofenderos, que por vos

ya la fortuna echó el dado.
No rebeldes os asombren,
que sin justicia son flacos
ejércitos enemigos,
y ella sobra contra tantos.
Seis mil montañeses deudos
en vuestro servicio traigo;
si no bastan, haced gente,
vended mi Hita y Buitrago.
REINA. Vuestra persona, Marqués
de Santillana, es espanto
de todos nuestros opuestos;
con ella sola yo basto
á conquistar nuevos mundos.
Al Cardenal, vuestro hermano,
como á padre reverencio,
que es pastor discreto y santo.
ANTONIO. Yo, en nombre de los demás,
invicta señora, salgo
fiador que fieles sabremos
morir, pero no olvidaros.
REINA. Don Antonio de Fonseca,
de vuestros antepasados
heredastes generoso
lealtad y valor hidalgo.
Marchemos á Tordesillas,
que en ella el socorro aguardo
del conde de Benavente.
TODOS. ¡Viva Isabel y Fernando!
(*Suenan dentro gaita y tamboril y fiesta.*)
REINA. Aguardad. ¿Qué fiesta es esta?
ANTONIO. Una boda de villanos,
que en este pueblo vecino
sale á festejar á el Prado.
Tengo en él alguna hacienda;
y aunque no son mis vasallos,
como señor me obedecen.
Habíanme convidado
á que fuese su padrino;
pero en negocios tan árdulos
dejé, por lo más lo menos.
Entretuviérase un rato
vuestra alteza, á no venir
con la prisa y los cuidados
que la guerra trae consigo;
porque sencillos y llanos,
causan gusto sus simplezas;
mas no es tiempo de hacer caso
de rústicos pasatiempos.
REINA. No, don Antonio, hagan alto,
que adonde á vos os estiman,
pretendo yo con honrarlos
que sepan en lo que os tengo.
Lícito es en los trabajos
buscar honestos alivios,
que un pecho real es tan ancho
que pueden caber en él
aprietos y desenfados.
Gocemos la villanesca.
ANTONIO. Pues es la novia milagro
de las riberas del Duero,
y hay della sucesos raros.
Asombra con la hermosura
á cuantos la ven, y tanto,
que de Toro y de Zamora
generosos mayorazgos
se tuvieran por felices

de que, dándola la mano, disculpára su belleza algún ribete villano. Mas es de suerte el extremo en que estima su ser bajo, que antepone el sayal pobre á las telas y bordados. Sus fuerzas son increíbles: tira á la barra y al canto con el labrador más diestro, y hay, carretero de Campos que rodeando hartas leguas por verla, desafiados, á los dos tiros primeros perdió las mulas y el carro. Llevaban á ajusticiar en Toro á un su primo hermano, y al pasar junto á un convento, llegándose paso á paso, cogió al jumento y al hombre, y llevándole en los brazos, como si de paja fueran, los metió en la iglesia á entrambos. Echáronle los alcaldes en su casa seis soldados, que aunque labradora es rica, y dándole los regalos caseros que un pueblo tiene, porque no se contentaron, cogió del fuego un tizón, obligándolos á palos á que en el corral se echasen dentro de un silo, y cerrados con la trampa en él los tuvo hasta la mañana, dando un convite á los gorgojos, que el hambre en ellos vengaron. Si me juzga vuestra alteza en esto demasiado, ja boda sale al encuentro. Porque vea que la alabo con razón, experimente en la novia dos contrarios de hermosura y fortaleza y en lo uno y otro milagro.

ESCENA II

Música de aldea. Labradores y, entre ellos, BARTOLO y CARRASCO: detrás, de las manos, ANTONA GARCÍA á lo labrador, de novia, y JUAN DE MONROY, también labrador.—Dichos.

TODOS. (Cantan.) «Más valéis vos, Antona, que la corte toda.
UNO. De cuantas el Duero que estos valles moja afeitando caras tiene por hermosas, aunque entren en ellas cuantas labradoras celebra Tudela.
TODOS. Más valéis vos, Antona.
OTRO. Sois ojiesmeralda, sois cariredonda, y en fin, sois de cuerpo la más gentilhombrá.

No hay quien vos semeje, reinas ni señoras, porque sois más linda. Que la corte toda. Más valéis vos, Antona, que la corte toda.»
ANTONIO. Llegad, Antona García, con vuestro esposo á besar los pies á quien quiere honrar vuestras bodas este día. La Reina, nuestra señora, esta merced gusta haceros.
ANTONA. A la mi fe que con veros tan apuesta y guerdadra, nos dais de quien sois noticia. Mal haya quien mal vos quiere, y quien viéndoos no dijere que vos sobra la justicia. Todos los pueblos y villas que por aquí se derraman la Valentona me llaman, porque no sufro cosquillas; no las sufráis vos tampoco, pues Dios el reino os ha dado que os viene pintiparado, y quien lo niega es un loco. Para ser emperadora del mundo érades mejor, pues venís, por dar amor, con cara de regidora. No es comparanza el abril con vos, aunque lo encarecen; vuestros dos ojos parecen dos matas de peregril. Toda vuesa cara es luz que encandila desde lejos, vuestros cabellos bermejos parecen al orozuz. De vuestra vista risueña no hay voluntad que se parta; gloria es veros cariharta honrar la color trigueña. En las dos mejillas solas miro, según son saladas, rosas con leche mezcladas, ó cebollas é amapolas. Yo tengo el pergeño bajo; más díganme los presentes si igualen á vuestos dientes los blancos dientes del ajo. Pues ¿y el talle y la cintura? Estas cuatro higas os doy, que á la fe que loca estoy viendo vuesa catadura.
REINA. Y yo, Antona, agradecida al amor que me mostráis: con sencillas muestras dais señales de bien nacida.
ANTONA. Nuesa Señora del Canto mi feligresía es; en ella nací de pies, dando á la comadre espanto. Bautizáronme en su iglesia; mire ella si bien nací: hidalga no, pero sí sin raza y cristiana vieja.
REINA. ¿Y quién es el desposado?

ANTONA. Hinojaos, Juan de Monroy.
MONROY. (De rodillas.) Yo el novio, señora, soy de la Antona á su mandado, y en la ciudad también moro.
REINA. Pues ¿por qué en este lugar os salís á desposar si sois vecino de Toro?
MONROY. Tenemos la hacienda acá y este pueblo está mejor para cuidar la labor. Además que por allá la ciudad toda está llena de bandos que el rey derrama.
REINA. ¿Cómo este pueblo se llama?
ANTONA. ¿Quién? ¿éste? Tagarabuena.
REINA. Dios os haga bien casados.
MONROY. Mantenga Dios su presona.
REINA. Tomad esta joya, Antona, (Dale una cadena.) que si salgo de cuidados, yo me acordaré de vos.
ANTONA. Más hijos para y más hijas que tien la sarta sortijas, y sean de dos en dos, papas reinando á la par, y el mayor el puesto ocupe de Prior de Guadalupe, que no hay más que desear.
BARTOL. Señora, si porque solo se casa Antona García, la ha dado su Reinería cadenas, yo so Bartolo, que huerá marido ya á topar á quien querer; más cuando no haya mujer no falta son la mitá. Media cadena la pido hasta que Gila me chera; pues si Antona es novia entera, Bartolo es medio marido; y encadenados quizá Gila y yo, haremos de modo que después casado y todo vaya por la otra mitá.
LABR. 1.º ¡Quita, necio!
IDEM 2.º ¡Bestia, calla!
BARTOL. Quitaos vos y callá vos. Verá. Pues ¿no hay más de dos maridos de media talla? Pintadas vi muchas veces figuras (verdad vos digo) como hombres hasta el lombligo, que de allí abajo son peces, y yo en viéndolos decía: medio maridos serán que de noche huera están y en casa duermen de día.
REINA. Antona, ya estáis casada; vuestro esposo es la cabeza: id con la naturaleza en sus efectos templada. No hagáis de hazñas alarde, porque el mismo inconveniente hallo en la mujer valiente que en el marido cobarde. Olvidad el ser bizarra, viviréis en paz los dos;

aliñad la casa vos, mientras él tira la barra. No os preciéis de pelcar, que el honor de la mujer consiste en obedecer, como en el hombre el mandar, y vedme cuando entre en Toro.
ANTONA. Por ser vuestro ese consejo, desde hoy mis bravuras dejo, que á la mi fe que os adoro. Mas, Reina, también vos digo que en dando en cabecear, quien no vos deja reinar y vos persigue enemigo, si en vuestro favor tomare armas, no os dé maravilla, que ha de ser vuestra Castilla, pésele á quien le pesare. En cuanto esto, no me pasa por el pensamiento ser, como me mandáis, mujer, la cabeza sí de casa. Obligada esto y por vos, y he de pagar á quien debo; la sarta que al cuello llevo mos encadena á los dos. Mande y rija mi marido, pues Dios su yugo me ha puesto, pero no me toque en esto, que no será obedecido; que en siguiendo armas tiranas contra vuesa real corona, entonces á fe de Antona, que han de ir rocín y mazanas: perdóne padre y marido.
REINA. A ser todos como vos no hubiera guerras, adiós.
ALMIRAN. ¡Brava mujer!
REINA. Yo he tenido con ella un alegre día.
ANTONA. Bailemos y despedamos la reina con fiesta.
REINA. Vamos, notable Antona García. (Vanse y cantan los villanos.)
TODOS. «Por Morales van á Toro,
UNO. por Tagarabuena y todo. Si á ver iban sus amores por Morales los pastores, las zagalas cogen flores del Duero entre arenas de oro.
TODOS. Por Tagarabuena y todo.»

ESCENA III

Quédanse BARTOLO y CARRASCO.

BARTOLO. Carrasco, oid si os agrada.
CARRASCO. ¿Qué tenemos?
BARTOLO. Dame pena que Antona lleve cadena por sólo que esté casada, y Gila por no querer conmigo matrimoniá, en el pueblo dé qué habrar y mi amor eche á perder.
CARRASCO. ¿Qué, en fin la tenéis amor?

BARTOLO. Yo no sé si es amorío este desconcierto mío, si es angustia, si sudor. El pecho se me basuca y me dan ciciones luego. Si esto es amor, dole al huego, que pardiez que es mala cuca: si vuesa edad no me endilga lo que es, abridme la huesa.

CARRAS. Bartolo, celera es esa.

BARTOLO. Está hecho una pocilga de celos, que por ser tercios, poner al hombre de lodo y andar gruñéndolo todo, se comparan á los puercos.

CARRAS. Pues bien, ¿y ella sabe acaso que la amáis?

BARTOLO. Sí.

CARRAS. Bueno está; ¿y habeisla habrado?

BARTOLO. Verá: pullas la echo á cada paso.

CARRAS. Pescudo si la habéis dicho vuese amor.

BARTOLO. Por comparanzas, y ayer cerniendo las granzas la declaré mi capricho.

CARRAS. ¿De qué modo?

BARTOLO. Darvos quiero relación de esa demanda: ya vos veis del modo que anda el gaticinio en Enero. Estaba una gata bisca con cierto gato rabón allá en el caramanchón, éste tierno, la otra arisca. Cual si le pegaran ascuas y en su lenguaje gatuno se decían cada uno los enombres de las Pascuas. Porque si explicallos quiero, siempre que el gato maullaba de maullera la llamaba, y ella con *fuf*, de fullero. En fin, con gritos feroces andaban dando carreras, que gatos y verduleras sus faltas se echan á voces. Escuchábalos allí Gila, envidiosa de verlos, y yo, que iba á componerlos, la manga ¡pardiez! la así para que no se me escape, y como su amor me afrige, *mi*, hociéndola, dije.

CARRAS. Y ella, ¿qué os repuso?

BARTOLO. ¡Zape! y impióme tal aruño que el carrillo me pantó. Agarréla entonces yo, mas ella cerrando el puño, escopir hizo dos muelas deshaciéndome un carrillo.

CARRAS. Hizo bien, porque un gatillo de ordinario es sacamuelas; y ese hué lindo favor.

BARTOLO. ¿Lindo? A otros dos, si me toca,

despoblárame la boca; pero otro me hizo mayor.

CARRAS. ¿Mayor? ¿Cómo?

BARTOLO. Hué al molino, y yo tras della antiyer, y acabado de moler llegué á cargarla el pollino, y cuando el costal le pongo dos yemas sin clara echó, y á la primera que vió, dijo: ¡pápate ese hongol! Yo como la ví burlar, las manos la así y besélas, y aruñómelas y aruñélas y volviómelas á aruñar. Tiróme una coz después, pronóstico de una potra, y yo tirándola otra jugamos ambos de pies. Y durando el retozar, volvióme dos y aparélas, y tirómelas y tirélas y volviómelas á tirar.

ESCENA IV

Dichos, y sale hilando ANTONA.

ANTONA. ¡Alto! al ganado, Bartolo, que bueno de boda ha estado.

BARTOLO. ¡Mas matalla! ¿hoy al ganado?

ANTONA. Sí, que le dejaste solo, y están cerca los majuelos del cura, y si se entra allá, la guarda los prenderá.

BARTOLO. No nos faltaban más duelos. ¿Hoy, que sois novia, hiláis vos y á mí al hato me enviáis? Temprano en casera dais; enriqueceréis los dos. Dejad que llegue mañana y holguémonos entretanto.

ANTONA. Hoy, Bartolo, no es disanto; mas gastemos la semana en fiestas. Donde no hay renta trabajar es menester. Casera pretendo ser, si he sido hasta aquí valienta: ¿el sermonador no puso ayer una comparanza, que como al rey la lanza honra á la mujer el huso?

BARTOLO. Sí.

ANTONA. Pues las alforjas saca, que yo hago lo que debo.

BARTOLO. Vaya, cedacico nuevo, el primero día en estaca.

ANTONA. A estercolar fué mi Juan. No me repliques, camina; echa en la alforja cecina, cebollas, nueces y pan, y al hato con la mochila. *(Vase cantando.)*

BARTOLO. «Hilanderá era la aldeana; más come que gana, más come que gana: ¡Ayl, que hilando estaba Gila;

más bebe que hila, más bebe que hila.»

ESCENA V

Salen á lo soldado el CONDE DE PENAMACOR y DON BASCO.

PENAMACOR.

Llaman á Alfonso Quinto desde Toro, que ya á Zamora con su campo llega; y aunque el partido de mi rey mejor, si esta plaza que es fuerte se le entrega, como la fe con que le llama ignoro y tanta gente de Castilla niega de Alfonso y doña Juana el real derecho, primero es bien que quede satisfecho. Bien es verdad que siendo nuestro amigo Juan de Ulloa, que tiene tanta mano en la ciudad, y deja á don Rodrigo contrario en opinión, con ser su hermano, nos asegura; pero siempre sigo el parecer de Cipión romano, que el que cree su contrario, brevemente, cuando falta el remedio, se arrepiente. Capitán general, de mi rey tengo á mi cargo su ejército, y procuro facilitar estorbos que prevengo, que en reino extraño nadie está seguro. Para esto á Toro de Zamora vengo, porque amparado del silencio obscuro, cuando anochezca deje asegurada, sin tratos dobles, á mi rey la entrada.

BASCO.

Muestra el valor en eso Vueselencia que á su sangre azañosa corresponde. Más victorias alcanza la prudencia que la osadía cuando no la esconde el consejo que anima á la experiencia. Ramo es del tronco real, y por su Conde Penamacor le estima; en su milicia nuestros reyes alientan su justicia. Hija del Cuarto Enrique es doña Juana: ¿qué pretende Isabel, si el reino hereda en Castilla la hija y no la hermana, por más que la pasión en ella pueda?

PENAMACOR.

Reparad, dejando eso, en la villana, don Basco, que al encuentro nos hospeda en el alma con vista enamorada, ojos las puertas, gloria la posada. ¿Vistes en Portugal más hermosura?

BASCO.

¡Qué divina mujer!

PENAMACOR.

Parca es hilando libertades, que fundan su hermosura en los labios, que vidas están dando á los copos que tocan. ¿Ya procura, cuando Isabel no hubiera ni Fernando con mi rey en Castilla opositores, mezclar mi dicha hazañas con amores? Retiraos entretanto que anochece,

don Basco, por el márgen dese río, que quiero hablar con ella.

BASCO.

Bien parece que es amor portugués.

PENAMACOR.

Es desvario.

¿Hay hilanderá igual?

BASCO.

Mientras que crece sombras el sol, que en el ocaso frío da á púrpuras de luz bosquejos de oro, allí te aguardo para entrar en Toro. *(Vase.)*

ESCENA VI

Salen ANTONA con delantal blanco y saca GILA rastrillo y lino; y siéntase ANTONA y rastrilla.—Dicho.

ANTONA. Dame, Gila, que rastrille, que no tengo ya que hilar. ¡Oh, qué tela que he de echar!

PENAMA. Amor sus penas humille á tan superior belleza.

ANTONA. Aquí á la puerta veré el campo y rastrillaré con gusto hasta que anochezca. Echa berzas y cebolla, que vendrá de la labor alentado tu señor; y después de Dios, la olla.

(Vase Gila; canta Antona y rastrilla.)

«Rastrillábalo la aldeana y ¡cómo lo rastrillabal!»

PENAMA. Si merece un pasajero hallar, bella labradora, mientras se llega la hora de picar y un compañero llega, por ser forastero la gracia en vos, que esa cara pregona, os acompañara una alma, que en vuestros ojos, aliviando sus enojos, congojas tristes repara. Si gustáis, le aguardaré aquí, que presto vendrá.

ANTONA. Pues á mí, ¿qué se me da que se vaya ó que se esté? Pésame de verle en pie. En casa no hay otras sillas si dos ó tres de costillas. Gila, saca la mejor en que se asiente el señor.

PENAMA. Mejor fuera de rodillas.

ANTONA. Eso en la iglesia al altar.

GILA. Esta es la mejor que he hallado.

(Saca una de costillas Gila, pónela y vase.)

ANTONA. Pósesse si está cansado.

PENAMA. Mal puedé amor reposar cuando comienza á penar.

ANTONA. ¿Está malo?

PENAMA. Y lo desea

mi dicha.

ANTONA. Pues en la aldea no hay doctor, si está doliente;

Dios mos mata soldemente.
No me estorbe la tarea. *(Canta.)*
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PANAMA. Advertid que rastrilláis
entre ese dichoso lino
un corazón peregrino
que cruel martirizáis.
Con una flecha el amor
hiere, no con tantas juntas;
vos, que ejércitos de puntas
multiplicáis, ¿no es rigor
que hiráis con armas prohibidas,
y con ojos bandoleros,
halaguéis á pasajeros
para quitarles las vidas?

ANTONA. Señor, poco de arrumacos,
que no se usan por acá.
Al compañero esperá
callando; que son bellacos
labradores, y sospéchan
mal de todo palaciego,
y apenas habran que luego
cuidan que puyas mos echan.
Guardáos de gente villana
que no se sabe burlar,
y dejadnos trabajar. *(Canta.)*
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PENAMA. No afrenta en el trato hidalgo
la plática que entretiene.
Mientras que el que espero viene
gastemos el tiempo en algo.
Poco os puede deslucir
hablarme en este lugar;
del hombre es enamorar,
de la mujer resistir.
¿Qué importa que así pasemos
aqueste rato los dos?
No sois tan liviana vos
que os han de ablandar extremos,
principalmente de quien
tan presto se ha de ausentar.

ANTONA. Todo huésped se ha de honrar;
en eso habéis dicho bien.
Yo consentí la ocasión,
y así es fuerza el admitilla.
Quien en su casa da silla,
se obliga á conversación.
No falta en los labradores
cortesía, aunque grosera:
apartad la silla afuera
y no me tratéis de amores,
que eso nunca es permitido
en quien tiene dueño ya,
y en lo demás conversá.

PENAMA. ¿Dueño tenéis?

ANTONA. Y marido.

PENAMA. ¡Ay, cielos!

ANTONA. Con esto atájo
principios que amor ignora,
pues casada y labradora,
ya veis si tendréis trabajo
en lo que nunca ha de ser.

PENAMA. ¿Casada, amor? ¡Bueno quedo!

ANTONA. Ea, empezad, que bien puedo
rastrillar y responder.

PENAMA. ¿Qué conversación no es vana
estando casada vos?

ANTONA. Pues casada estoy, adiós. *(Canta.)*
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PENAMA. Ahora bien, fuerza es pasar
el tiempo del mal lo menos.
(Ap.) ¡Ay, dulces ojos morenos,
la muerte me habéis de dar!
(A ella.) Yo tuve amor en mi tierra...

ANTONA. Ya vos digo que dejéis
amores, y que contéis
otra cosa.

PENAMA. ¿Qué?

ANTONA. ¿No hay guerra?

Está abrasada Castilla
en competencia mortal;
viene el rey de Portugal
con gente á ocupar su silla,
y siendo vos caballero
y yo á la guerra inclinada
¿os falta qué hablar?

PENAMA. La espada
fué mi profesión primero
que uso de razón tuviese.

ANTONA. Tratad de la guerra, pues.
¿Sois de acá?

PENAMA. Soy portugués. *(Levántase Antona.)*

ANTONA. ¿Portugués? Pues aunque os pese
han de reinar Isabel
y Fernando, en nombre el Quinto.

PENAMA. ¿Fernando?

ANTONA. Como os lo pinto,
y yo de morir por él.
Si sois de enemigo bando,
perdonad, que á fe de Dios
que he de comenzar por vos.

PENAMA. Reine Isabel y Fernando.
Sosegáos, que yo no quiero
más de lo que vos queréis.

ANTONA. Portugués, no me engaños.

PENAMA. Aunque amor es lisonjero,
amándoos yo ¿de qué modo
(cuando vuestro gusto sigo)
no tendré por enemigo
al vuestro? Ya yo soy todo
de la opinión castellana.

ANTONA. ¡Reine Isabel!

PENAMA. Soy contento.

ANTONA. Pues con eso va de cuento.
(Vuélvese á asentar y hace labor; canta.)
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PENAMA. ¿Hay rústica más donosa?

ANTONA. ¿Cómo os llamáis vos, señor?

PENAMA. Conde de Penamacor.

ANTONA. ¿Vos sois conde? ¡Huerte cosh!

PENAMA. Penamacor soy, en fin,
que mi corta suerte ordena
que empiece mi estado en *pena*
y que tenga en *cor* su fin.
porque con este blasón
sea, en tan confuso abismo,
péname el cor, que es lo mismo
que péname el corazón.

ANTONA. Ya otra vez os he rogado
que amores dejéis estar,
pues hay guerras de que hablar.

PENAMA. Noticia os doy de mi estado;
preguntáisme, y así

es fuerza el decirlo.

ANTONA. Pues,
siendo conde y portugués
¿á qué habéis venido aquí?

PENAMA. Mandóme hacer asistencia
mi rey en esta jornada;
salió con su esposa amada;
coronáronse en Plasencia
doña Juana, hija de Enrique
y nuestro rey su consorte;
y en la castellana corte,
porque la acción se publique
que al reino tienen, alzaron
por ellos reales pendones,
y con fiestas y pregones
por reyes los aclamaron.
Llegó á darlos obediencia
el maestro de Calatrava,
Conde de Ureña, que estaba
con el Duque de Plasencia;
el Primado de Toledo,
que es don Alfonso de Acuña,
portugués, de ilustre alcuña,
si en esto alabarle puedo;
el de Villena, y con ellos
otros mil, que de Castilla
y León, le dan la silla.

ANTONA. Malos años para ellos,
y aun para vos, que parece
que en decirlo os relamáis.

PENAMA. Yo quiero á quien vos queréis.

ANTONA. ¿Y qué hubo más?

PENAMA. Obedece
todo el pueblo humilde y llano,
y con aparato y fiesta
no era tan blanca como esta
de nuestra reina la mano;
más la lealtad los provoca
á llegar de dos en dos,
del modo que yo con vos,
sellando en ella la boca;
que en fe de que fui testigo
desta facción, adverti
que la besaban así.

(Quiérela besar la mano.)

ANTONA. Manos quedas: ¡jo! le digo

PENAMA. Con ejemplos se declara
mejor lo que decir puedo.

ANTONA. ¿Qué va, si no se está quedo,
que le rastrillo la cara?

PENAMA. ¿A un conde?

ANTONA. Me maravillo
de más títulos que traiga,
que porque no se le caiga
le haré conde del Rastrillo.
Si él conociera la moza
con quien habla, á buen seguro
que él la soñara.

PENAMA. Yo os juro
que según lo que se goza
el alma en veros, es cierto
que lleva en vos que soñar;
si bien me holgara de estar,
por veros siempre, despierto.
Estimad á quien os ama;
volved.

ANTONA. No se descomid.

que me enojaré, por vida
de doña Isabel, nuesa ama.

PENAMA. Mucho la amáis.

ANTONA. Tal es ella.

PENAMA. ¿Qué tal es?

ANTONA. Angel de Dios.

PENAMA. Yo ya la quiero por vos.

ANTONA. Si es cuerdo, ¿no ha de querella?

PENAMA. Sí, pero ¿qué me daréis
porque yo á la reina siga?

ANTONA. A la fe que sea su amiga.

PENAMA. Si eso vos me prometéis
mi rey dejo.

ANTONA. Hará muy bien.

PENAMA. ¿Amaréisme?

ANTONA. Sin pecar.

PENAMA. ¿Si no?

ANTONA. Daráme pesar.

PENAMA. ¿Me aborreceréis?

ANTONA. También.

PENAMA. ¡Qué desdicha!

ANTONA. No es pequeña.

PENAMA. ¿Por qué la amáis?

ANTONA. Porque es santa.

PENAMA. ¿Que tanta es su gracia?

ANTONA. Tanta.

PENAMA. Mayor es la vuestra.

ANTONA. ¿Sueña?

PENAMA. ¿Es hermosa?

ANTONA. Como un sol.

PENAMA. ¿Es discreta?

ANTONA. Como un cura.

PENAMA. ¿Tanto?

ANTONA. Toda es hechizura.

PENAMA. ¿Tiene valor?

ANTONA. Español.

PENAMA. Será rubia.

ANTONA. Como el trigo.

PENAMA. Será blanca.

ANTONA. Como el ampo.

PENAMA. Será gentil.

ANTONA. Como el campo.

PENAMA. Más lo sois vos. *(Vale á asir la mano.)*

ANTONA. Yo le digo,
hacerse allá y manos quedas,
que no conoce la Antona.

PENAMA. Amor todo lo perdona.
¿Cómo es posible que püedas,
labradora, cuando labras
una voluntad rendida,
dar con los ojos la vida
y muerte con las palabras?

ANTONA. El está muerto.

PENAMA. Aquí yace
un portugués, por despojos
del desdén de esos dos ojos.

ANTONA. ¿El? pues *Requiescat in pace.*

PENAMA. Si en paz y en descanso fuera,
no hubiera en mí pena tanta.

ANTONA. A los defuntos lo canta
el cura desta manera.

PENAMA. Mi tormento es más notorio,
pues el que paso es eterno.

ANTONA. Será ánima del infierno.

PENAMA. Sí, porque en el purgatorio
todavía hay esperanza.

ANTONA. Pues si en el infierno está

conde, hermano, hágase allá.
 PENAMA. Si mi amor de vos alcanza sufragios, tendré sosiego: ¿queréisme vos ayudar?
 ANTONA. Mas ¿que me tien de quemar el lino con tanto fuego?
 PENAMA. ¡Ojalá el alma abrasada comunicarse pudiera á esa nieve!
 ANTONA. Hágase á huera, si es ánima condenada; que se me sube el humillo y podrá ser (si le topo) que, ya que falta el guisopo, le pegue con el rastrillo.
 PENAMA. No es mi pena tan tirana que el remedio no os avisa.
 ANTONA. ¿Hay son decille una misa (si pena) por la mañana?
 PENAMA. Remedios quiero á lo humano: tened de mi compasión
 ANTONA. ¿Cuáles los remedios son?
 PENAMA. Darme la mano.
 ANTONA. ¿Esta mano?
 PENAMA. Sí.
 ANTONA. ¿No vé que es mano agena?
 PENAMA. ¿Cúya es?
 ANTONA. De mi marido.
 PENAMA. ¿Qué importa?
 ANTONA. ¿Está sin sentido?
 PENAMA. Estoy en pena.
 ANTONA. ¿Y qué pena?
 PENAMA. De fuego.
 ANTONA. Cerca está el río.
 PENAMA. No basta.
 ANTONA. Pruébese á echar.
 PENAMA. Ni el mar basta.
 ANTONA. ¿Ni aún el mar?
 PENAMA. Ni mil mares.
 ANTONA. ¡Desvarío!
 PENAMA. Estoy loco.
 ANTONA. Bien lo prueba.
 PENAMA. ¿Queréisme vos curar?
 ANTONA. Id...
 PENAMA. ¿Adónde?
 ANTONA. A Valladolid.
 PENAMA. ¿A qué?
 ANTONA. Al Hospital de Esgueva.
 PENAMA. Pues ¿qué hay en él?
 ANTONA. Curan locos.
 PENAMA. ¿Locos de amor?
 ANTONA. ¿Y que tal?
 PENAMA. ¿Deste mal?
 ANTONA. ¿Qué hay dese mal?
 PENAMA. Sanan pocos.
 ANTONA. ¿Qué tan pocos?
 PENAMA. Ninguno.
 ANTONA. Pues yo me obrigo.
 PENAMA. ¿A qué?
 ANTONA. A que esté presto sano.
 PENAMA. ¿Yo?
 ANTONA. Si le asiento la mano.
 PENAMA. Dádmela, pues. (Tómasela.)
 ANTONA. Yo lo digo: jarre allá, sueltel (Levántase.)
 PENAMA. No puedo
 ANTONA. Suelte le digo otra vez,

pues si le aprieto, ¡pardiez! que ha de sudar. (Apriétasela.)
 PENAMA. ¡Quedo, quedo!
 ¡Ay, cielos!
 ANTONA. A los traviesos hago yo aqueste favor.
 PENAMA. Que me la quiebras.
 ANTONA. Mi amor no es más que quebranta huesos. ¿Mas qué ya el suyo se enfria? (Súltasela.)
 PENAMA. ¿Qué infierno fuerzas te dió?
 ANTONA. ¡Miren con quien se topó si con Antona García!

ESCENA VII

Sale DON BASCO.—DICHOS.

BASCO. ¡Gran don Lope de Alburquerque, Conde de Penamacor, dame albricias! Toro aclama á la alegre sucesión de Castilla á nuestro Alfonso, y todo el pueblo, á una voz, por doña Juana levanta el real y invicto pendón; la nobleza que la habita (siendo Juan de Ulloa su autor de la lealtad castellana) sigue la cuerda opinión del Arzobispo y Marqués de Villena, y el valor de doña María Sarmiento asegura su temor. Bien es verdad que lo impide el plebeyo y labrador, pero pecheros villanos de poca importancia son. Entra que todos te esperan.
 PENAMA. ¡Viva Alfonso, mi señor, y su esposa doña Juana, en Castilla y en León!
 ANTONA. ¿Y la promesa?
 PENAMA. No tiene poder, Antona, el amor donde reinan la nobleza y la lealtad.
 ANTONA. ¿Cómo no?
 PENAMA. Pues Isabel y Fernando reinarán en Toro hoy, que á pesar de desleales y sebosos, sobre yo. ¡Aquí de mis labradores! Avisa á Juan de Monroy, mi marido, que hoy verá Toro para lo que soy.
 ANTONA. ¡Alto! ¡A Toro, deudos míos! ¡Extraña mujer!
 PENAMA. No doy un higo por Portugal. Si aun vos dura el afición, Conde, aquí tenéis la mano; tomalda, que á fe de Dios que os ha de costar bien cara.
 ANTONA. Aun me dura su dolor.
 TODOS. (Dentro.) ¡Viva Alfonso el Quinto!

ANTONA. ¡Viva don Fernando, que es mejor, y doña Isabel, y reinen cuarenta siglos los dos! (Vanse.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Por una puerta cuatro CABALLEROS, el CONDE DE PENAMACOR, DON BASCO, DOÑA MARÍA Y JUAN DE ULLOA; por otra cuatro LABRADORES con el pendón de Castilla; los primeros con el de Portugal.

ULLOA.

¡Oid, oid! ¡Castilla por Alfonso y doña Juana!

CABALLEROS.

¡Vivan muchos años rigiendo propios, conquistando extraños! (Esto se ha de hacer sobre un tablado, alzando tres veces los pendones, con clarines y trompetas.)

LABRADOR 1.º

¡Oid, oid! ¡Castilla por Fernando y Isabel!

LABRADORES.

¡Felices años vivan, imperios gocen, su laurel reciban!

ULLOA. Labradores, hombres buenos, oficiales, que la plebe desta ciudad populosa moráis leales y fieles: ¿qué desbocado furor os ciega, para que alevos constituyáis pueblo aparte y amotinéis tanta gente? Las ciudades de Castilla cuando alzan por sus reyes pendones, á los principios al regimiento dan siempre el derecho desta acción, y la nobleza es quien tiene por oficio el aclamar al Príncipe que sucede. Alférez mayor de Toro soy, á quien sólo se debe esta ceremonia ilustre: ¿quién, pues, se opone á su alférez? Los nobles en forma y cuerpo de ciudad festivos vienen á justificar acciones de doña Juana, que reine con su esposo, Alfonso el Quinto, siglos felices y alegres. Desatinos refrenad, que bárbaramente os pierden. Hasta agora ¿quién ha visto los plebeyos oponerse á los nobles en alardes generosos y solemnes? ¿Cómo sabrá el labrador entre el azada y los bueyes puntos que el jurisperito

COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA.—TOMO I

con dificultad entiende? Comprometed vuestras dudas en cabeza que os gobierne: regimiento tenéis sabio, vuestro sosiego pretende. Hombres buenos, reducidos; y lo que no os pertenecé dejad á quien tiene el cargo. Alfonso es santo y prudente, doña Juana hija de Enrique: divinas y humanas leyes en Castilla los amparan. LABRAD. No queremos portugueses.

ESCENA II

Sale DOÑA MARÍA SARMIENTO.—DICHOS.

MARÍA. ¡Barbaros, que sin discurso, con desordenadas leyes, siendo vulgo desbocado, no hay persuasión que os enfrene! ¿Qué rústica ceguedad con descaminos os mueve á despeñaderos locos que os pronostican la muerte? ¿Entendéis lo que aplaudís? ¿Conocéis lo que os conviene? ¿Qué derechos estudiasteis? ¿Qué escuela os dió pareceres? Los surcos del toco arado, ¿son cláusulas suficientes que mano rústica escriba y la agujjada margene? ¿Sabéis quien es don Alfonso, la justa acción con que viene, el valor de sus vasallos, los héroes de quien desciende? ¿Conocéis á doña Juana? ¿Oisteis jamás que hereden á Castilla (habiendo hijos) hermanas que los ofenden? Pues escuchad sosegados, si la razón os convence, que para acción tan notoria basta aclamarla mujeres. La casa de Portugal, del tronco es un ramo verde de los reyes de Castilla, y su primero ascendiente, don Alfonso Magno el Sexto, que al Conde Enrique, el valiente, ilustre en virtud y en armas, sol de los Sirios franceses, dió á su hija doña Elvira, y en dote el Condado fértil de Portugal, hasta entonces estrecho, pobre y estéril; mas ya dilatado reino, tanto, que invencible extiende su diadema á la Etiopía, que sus Quinas obedece. Con la sangre de Castilla, sin esta, otras doce veces sus principes se casaron. Siendo esto así ¿habrá quien niegue ser Alfonso castellano

en la sangre, descendiente por todo un lustro de siglos de nuestros invictos reyes? Por sola esta acción pudiera, á pesar de los rebeldes, pretender la sucesión que la malicia divierte. Vuestra Princesa es su esposa; por hija suya la tiene Enrique el cuarto, jurada por los mismos que la venden. Si á las portuguesas quinas, con que el cielo favorece aquel reino, pues bajaron de sus esferas celestes, los castillos y leones se juntan ¿qué imperio puede contrastarnos? ¿Qué nación ha de haber que no nos tiemble? Abrid los apasionados ojos, pues la verdad vence nubes de apariencias falsas que eclipsar su luz se atreven. Vivan y reinen los dos, que por diez años prometen haceros francos y libres, sin que los de Toro pechen. Zamora, humilde y leal, los recibe, y con solemne demostración los aclama por sus naturales reyes. Vuestra vecina es Zamora; razón será que os afrente la fe de vuestros vecinos y que la ventaja os lleven en la lealtad que blasonan. La nobleza toda viene á persuadirnos verdades: permitid que os aconseje. Las letras los adjudican el reino, y los más prudentes de Castilla se conforman con sus sabios pareceres. Las armas en su defensa (si razones no convencen) á costa de nuestras vidas mostrar su valor prometen. Nuestros vecinos sois todos; derramar el amor teme sangre de su cara patria: unos muros y paredes nos hospedan; unos frutos nos sustentan y una gente república nos conforma, sólo en esto diferentes. Vuestra ruina amenazan vecinos de Toro; cesen guerras civiles: Alfonso y su esposa reinen.

CABALL. ¡Reinen!
LAB. 1.º Si los dos nos hacen libres, deudos, amigos, parientes, y ha de quedar franca Toro, necio es quien tal dicha pierde.
LAB. 2.º Juren, que nos harán francos.
PENAMA. Yo os lo juro.
TODOS. Pues reinen.

ESCENA III

Sale ANTONA.—DICHOS.

ANTONA. ¿Quién ha de reinar, cobardes, sino Fernando é Isabel? Soltad el pendón, que en él hará mi lealtad alarde. *(Quitasele)* Infame interés aguarde quien de sus promesas fia; que si vuestra villanía, avarienta se rindió al oro, no al menos yo, que soy Antona García. A ellos digo, los de allá; que porque son caballeros se precian de argumenteros por lo que Alfonso les da. Sepan que no es tiempo ya de arguciones, porque es clara la razón que nos ampara; defiendanlos sus doctores; que acá somos labradores y yo no he sido escolara. Soldamente sé decillos que no hay ley que el reino dé á doña Juana; el por qué pescúdenlo á los corrillos; no oso yo contradecillos: voz del pueblo es voz de Dios. Si sois de otro bando vos, Maritidalga, bachillera, contradecildo acá huera y avendrémonos las dos. A no dudar de ofender honras, que acata el respeto, de doña Juana el defeto yo vos lo hiciera entender. Soy mujer y ella es mujer; yo honro mi naturaleza: mas, ¿cuál, diga la nobleza, es mejor que al reino acuda, una hija de Enrique en duda ó una hermana con certeza? ¿Quién puede saber mejor esto, que el Duque leal de Alburquerque? ¿ó qué señal busca el dudoso mayor? Su vida, hacienda y valor á nueva Isabel ofrece y á la vuesa no obedece. Privado del rey difunto cuenta con aqueste punto, que es más de lo que parece. Por más que estodie, responda quien huere letrado aquí, si puede, que para mí esta razón basta y bonda. La verdad nubes esconda de engaños: ¿el Duque deja á doña Juana y se aleja della por doña Isabel? Pues aténgome con él, como castellana vieja.
MARÍA. Pues, ¿tú te atreves, grosera, á contradecir letrados tan doctos?
ANTONA. Tan sobornados,

diréis mejor, caballera. Bajad, salid acá huera, veamos qué esfuerzo cría la nobleza y hidalguía, y quede esta duda llana.
PENAMA. ¿Quién reina, Isabel ó Juana?
LABRAD. Dígalo Antona García.
ANTONA. Digo que quien huere fiel á doña Isabel reciba por Señora.

LABRAD. ¡Isabel viva!
ULLOA. Temed vuestro fin cruel.
ANTONA. A Fernando y á Isabel se les debe la corona: esto la lealtad pregona.
ULLOA. ¡A ellos, pues, caballeros!
ANTONA. ¡Animo, mis compañeros! que aquí tenéis vuesa Antona!
LABR. 1.º Mal podremos, desarmados, pelear.
ANTONA. ¿No hay palas, bieldos, trancas, arados? Traedlos, que aquí bondan los arados.
ULLOA. Daldos por desbaratados, sin orden y sin milicia.
ANTONA. Donde reina la codicia vence siempre la razón; con el asta del pendón defienda Dios mi justicia.
(Quita el asta y pelean unos con otros.)
¡A ellos, mis labradores, que ya se van retirando!
¡Nueva Isabel y Fernando vivan con sus valedores!

(Retiranse y vuélvese á salir Antona con tres soldados, y sale el Conde de Penamacor.)

PENAMA. ¡Soldados, haceos afuera, no maltratéis el valor que ha visto España mayor! Guerradora hermosa, espera; detén la mano severa; pues aunque airada, ofendida (1), muerte intentas dar en vano, si á cuantos mata tu mano dan luego tus ojos vida. Si vida mirando quitas, ¿para qué las armas tratas, ó por qué los hombres matas, si luego los resucitas? Mata una vez, no permitas dar vida para tornar segunda vez á matar á quien vencerte porfia, que no es para cada día morir y resucitar.

ANTONA. ¡A buen tiempo, á fe de Dios, me resquebra y enamora!
¡Pelead, sebosos, agora;

que mala Pascua os dé Dios!
PENAMA. Oye.
ANTONA. Si os alcanzo á vos,

(1) Falta un verso para completar la décima. Este trozo debe haber sufrido mucho, pues antes hay una redondilla en medio de dos décimas. Por desgracia, de esta comedia no existen más ediciones.

apostemos que vos quito el mal.

PENAMA. Eso solícito.
ANTONA. Atendedme, pues, un rato, veréis si esta vez os mató, después cómo os rescocito.
MARÍA. Mientras viva la villana poco Toro se asegura: adiéstreme la ventura de Alfonso y de doña Juana.

(Arriba doña María con una piedra grande que arroja sobre Antona y cae en el suelo desmayada.)

ANTONA. ¡Ay, cielos! á traición me han muerto.
MARÍA. Hidalgos de Toro, aquí con la victoria salí.
Murió Antona.

PENAMA. Si eso es cierto go viva yo, pues sin ella ya no tengo que esperar.

MARÍA. Acabalda de matar y perderán con perdella el ánimo los villanos.

TODOS. ¡Muera Antona, Alfonso viva!
MARÍA. En eso mi suerte estriba.

(Quieren acabar la los soldados.)

PENAMA. Tened las violentas manos; dadme á mi muerte primero.

(Defiéndela el Conde.)

MARÍA. Conde de Penamacor, ¿qué es esto?

PENAMA. Tener amor; ser portugués caballero. Al rendido es villanía injuriarle, yo la adoro. Hidalgos nobles de Toro, ¿qué es de vuestra cortesía? Ya huyen los labradores, ¿qué queréis de una mujer casi muerta?

LAB. 1.º No ha de haber en nuestra ciudad traidores. Si á vuestro rey sois leal mirad á quien dais favor.

PENAMA. Yo sirvo al rey, mi señor, y quien reina en Portugal no se da por agraviado de una mujer, cuya fama para su alabanza llama plumas que han eternizado otras que menos han hecho.

MARÍA. Acabalda de matar.

PENAMA. Si hacéis eso han de pasar vuestras armas por mi pecho.

MARÍA. Pues vaya presa.

PENAMA. Eso sí; mas su alcaide seré yo, porque de los que ofendió pueda estar segura ansí.

LAB. 2.º Si la tenéis voluntad librareisla.

MARÍA. Haced primero como noble y caballero pleito homenaje.

LAB. 1.º Jurad.

PENAMA. Por la cruz de aquesta espada juro, pena de caer

en mal caso, de tener su persona tan guardada como el mayor enemigo, mientras Toro se sosiega; y como el traidor que entrega castillo ó fuerza me obligo á pasar por cualquier ley de menosprecio y afrenta, si della no diere cuenta, que así cumplo con mi rey, con mi hidalga inclinación y el fuego con que me abrasa.

MARÍA. Su cárcel es vuestra casa.
PENAMA. Su esfera mi corazón.
MARÍA. Ponga el regimiento en ella gente de guarda.

PENAMA. ¡Ay de mí! ponga el cielo guarda en mí que no me deje ofendella. ¡Pobre de vos, alma mía, si muere el daño que adoro!
MARÍA. Nunca Alfonso entrará en Toro viviendo Antona García.
(Vanse llevando el Conde en brazos á Antona desmayada.)

ESCENA IV

Salen la REINA CATÓLICA, ANTONIO DE FONSECA, el ALMIRANTE, el MARQUÉS DE SANTILLANA y SOLDADOS.

REINA CATÓLICA.

Alfonso está en Zamora con doña Juana, y este trato ignora. Alcaide es de su puente Pedro de Mazariegos, tan valiente como fiel; persuadido por don Francisco de Valdés, que ha sido de mi casa criado, entregarnos la puente ha concertado, Si el Rey, mi señor, lleva gente de noche, que á fiar se atreva de su palabra. Es noble; no temo que nos haga trato doble.

ALMIRANTE.

Si al portugués prendemos con su esposa en Zamora, no tenemos á quien tema Castilla.

REINA CATÓLICA.

Antes espero que podré en la silla suceder portuguesa, si mi derecho anima nuestra empresa; puesto que airado el cielo se la negó á don Juan, mi bisabuelo.

ANTONIO DE FONSECA.

Todo el tiempo lo trueca

REINA CATÓLICA.

Tío Almirante, Antonio de Fonseca, esto se nos ofrece; Marqués de Santillana ¿qué os parece?

MARQUÉS DE SANTILLANA.

Que importa la presencia del Rey, nuestro señor, cuya asistencia

hará seguro y cierto lo que hay que recelar deste concierto.

REINA CATÓLICA.

Ya el Rey está avisado; y puesto que el alcázar ha sitiado de Burgos, no habrá duda que con secreto y brevedad acuda á lo que tanto importa.

ANTONIO DE FONSECA.

Si toma postas, la jornada es corta.

REINA CATÓLICA.

Esta noche en efeto le aguardo.

ALMIRANTE.

En tales casos el secreto y ejecución, señora, á la fortuna sacan vencedora.

REINA CATÓLICA.

Esta pequeña aldea alojamiento nuestro agora sea; que de Toro vecina á Zamora, mejor nos encamina, pues (si cual pienso) viene esta noche Fernando, cierta tiene su dicha la victoria; y si se tarda, gozaré la gloria yo sola desta hazaña.

ALMIRANTE.

¡Valor de la Semiramis de España!

ESCENA V

Sale BARTOLO.—DICHOS.

BARTOL. ¡Ay, el mi amo malogrado, la mi Antona mal herida, la mi borrica prendida, yo el solo y desmamparado! Jumenta de ell alma mía, sin vos ¿qué ha de hacer Bartolo, pobre, sin amos y solo? La flor de la burrería ¿qué es de vos?

REINA. Ved lo que tiene ese pobre labrador, sin borrica, sin señor y sin Antona: no viene un daño solo.

ANTONIO. ¿A quién lloras?

BARTOL. A la metá de la mi alma; con la jáquima y la enjalma se la llevan. En dos horas perdida la Antona nuesa, el amo y la burra mía. Si es castellana ¿podía ser mi burra portuguesa, señor?

ANTONIO. Pues, Bartolomé, sosiega; ¿no me conoces?

BARTOL. Si la viera tirar coces; quedéme desde hoy á pié. ¿No es el señor Antón de Fuenseca? ¡Ay! si sopiera

mi mala ventura y viera á nuesa Antona en prisión, á Juan de Monroy morido y á mi burra caitivada, Tagarabuena quemada, el ganado destroido, y todo en menos de una hora, no me conortara así.

ANTONIO. Sosiégate, que está aquí la Reina, nuestra señora.

REINA. ¿Qué hombre es ese?

ANTONIO. Es un pastor que sirve á Antona García

REINA. ¿A mi amiga?

BARTOLO. La servía, más desde hoy más ¡ay, dolor! no la serviré; esta guerra todo lo vino á asolar.

REINA. ¿Murió?

BARTOLO. Ya debe de estar hendo bodoques de tierra. Levantaron los de Toro (los que son hidalgos digo) pendón por ell enemigo. Diga, el portugués ¿es moro, ó cristiano?

ANTONIO. Cristiano es.

REINA. ¿Hay mayor simplicidad?

BARTOLO. ¿Cristiano? Creo que es verdad.

Saliéronlos al través los labradores, y Antona con las armas de Aragón y Castilla en un pendón; y al tiempo que uno pregona: ¡viva Alfonso y doña Juana! la nuesa Antona García que, ¡viva Isabel!, decía; y con su gente aldeana, arrancando del pendón ell asta, y dando tras ellos, hizo á todos retraellos al puro del coscorrón. Sin estorbarla la ropa, diez mata y tantos heridos, que para quedar guaridos no tien Portugal estopa. Y cuando ya los tenía casi á pique de vencer un dimuño de moger, llamada doña María Sarmiento, de una ventana medio tabique arrojó con que en la cholla la dió ¡hazaña, pardiez, villanar! y dando en tierra con ella (á no guardalla un señor Conde de Espinamelchor) dolrado hubieran por ella. Juró de guardarla presa: dieron tras los labradores; como no eran guereadores y en prisión la Antona nuesa, fuera los echaron hoy de la ciudad desterrados, muertos, ó descalabrados, y entre ellos Juan de Monroy, nueso amo, que ya estará

donde ni comen ni beben; con esto á robar se atreven lo que quedado mos ha. Hueron á Tagarabuena los sebosos y robaron cuanta hacienda dentro hallaron. Mas lo que me da más pena es mi burra la berrueca, la mitad dell alma mía. ¡Ay, Dios! Bien la conocía el buen Antón de Fuenseca. Lévala el bando cruel sin culpa (esto es cosa llana) que ni ella vió á doña Juana ni á Fernando ni á Isabel; ni en su vida se metió en que una ó otra quedase vencedora ó que reinase; soldemente, pienso yo, por no ser de nengún bando que diría en tal baraja: «Dios me ayude con mi paja y reine Alfonso ó Fernando.» ¿Qué ha de her Bartolo ahora viudo sin tal compañía?

REINA. ¿Preso está Antona García?

BARTOLO. Herida y presa, señora.

REINA. Pesarame que se muera tan valerosa mujer.

BARTOLO. Pues mi burra ¿qué ha de her, que castellana vieja era, si renegar y tornarse de enojo portuguesera?

REINA. No sé qué diera, Almirante, por ver esta labradora libre.

ALMIRA. Paga, gran señora, sentimiento semejante su fe y amor justamente.

BARTOLO. ¡Ay, mi burral!

ANTONIO. Yo os daré una yegua.

BARTOLO. No hallaré desde Leviente á Puniente quien desta pena me escurra, que era muy linda mi burra, no quitando lo presente. Yo sé, si la conociera, que al punto la enamorara; si ell hocico, si la cara, si el diente de á geme viera, si el pescuezo, si la cola, mal año para abanico de dama oloroso y rico; con una colada sola mataba diez moscas juntas. ¿Pues qué, cuándo rebuznaba? Cuatro barrios atronaba aguzando dambas puntas. Llegóse el tiempo importuno, perdila para más daños en el Abril de sus años, que aún no llegaba al veintiuno, que veinte este Marzo hiciera.

MARQ. ¡Donoso pastor, por Dios!

ANTONIO. Ya os daré con que otras dos compréis.